

PARA MESA REDONDA
MUJERES DE NEGRO

APARTADO : MILITARIZACIÓN SOCIAL (7paginas)

“[...] cadáveres y destrucción serán nuestro destino si ustedes varones, en la inmensidad de vuestras abstracciones públicas olvidáis la figura privada, y si nosotras, en la intensidad de nuestras emociones privadas, olvidamos el mundo público.”

Virginia Wolf, *Tres Guineas*

Militarización de las sociedades

El militarismo expresa un modo de pensar, de sentir, de comportarse, profundamente enraizado en nuestra conciencia y nuestro sistema político-social. Este encarna, para el imaginario común, la idea de fuerza capaz de garantizar nuestra seguridad y de proteger nuestros lugares de vida de las amenazas provenientes de un enemigo que pondría en peligro nuestra existencia, un enemigo que asume en cada época nombres diferentes y al que hoy se conoce por “terrorismo islámico”.

Por su presunto efecto protector se le acoge como una necesidad que garantiza nuestro futuro y que nos protege de nuestros miedos, que se ven a su vez alimentados por una lectura negativa de la pluralidad del mundo y por anclarse en una identidad excluyente y estructuralmente autoreferencial. La necesidad de sentirse seguras lleva a muchas personas a asistir a los desfiles militares y a sentirse orgullosas de las fuerzas armadas, considerando al ejército uno de los pilares del estado. Es precisamente la necesidad de ver el despliegue concreto de fuerza lo que llevó, en 1999, a muchas personas, incluso familias al completo, a visitar la base americana de Aviano, en Italia, para ver salir los bombarderos que se dirigían a Serbia. Italia era entonces aliada fiel de los Estados Unidos, país con el que deberemos estar eternamente en deuda por habernos liberado del fascismo y por continuar siendo abanderado de la protección contra los enemigos de la democracia y de la libertad.

No podemos olvidar que, en la conciencia occidental de democracia, el ciudadano (varón, cuando existía el servicio militar obligatorio) era llamado y autorizado a tomar las armas para defender el estado y la nación, desde el momento en que, entre otros derechos naturales, se incluyó también el derecho a la seguridad y la resistencia a la opresión, que difiere del derecho a la libertad y a la propiedad. Ciudadanía-nación-guerra-género son por lo tanto conceptos intrínsecamente conectados.

En este sentido se justifica la carrera armamentística, por la que los militares se convierten en “nuestros soldados”, los héroes que se sacrifican por el bien de la comunidad y de la ciudadanía a la que pertenecen. Las madres y las esposas se

sienten orgullosas de la generosidad de sus propios hijos y maridos que parten hacia los lugares en guerra para cumplir misiones homicidas, tratadas sin embargo por la propaganda política como misiones humanitarias en defensa de la libertad, de la democracia y de la civilización.

Si intentásemos ir más allá de la costumbre, más allá del conformismo de ese modo de pensar y de sentir que nos tranquiliza porque expresa una visión del mundo compartida por la mayoría; si probásemos a existir en la singularidad y la unicidad con la que venimos al mundo y nos interrogáramos, partiendo de nosotras y nosotros mismos, sobre los efectos que el militarismo produce en nuestras vidas, entonces, ¿qué opinión tendríamos sobre todo esto?

1. Fenomenología del militarismo

Tratando la fenomenología del militarismo, nos damos cuenta de todo lo que evoca: guerra, armas, violencia, reducción de lo otro a enemigo, homologación del sujeto transformado con el mismo uniforme en militar anónimo, perversión en el lenguaje, trabajo de alto riesgo exaltado como sacrificio, mundo de bases militares y cuarteles en nuestras ciudades como lugares separados e impenetrables y un sistema jerárquico que impone supeditación y obediencia.

Veamos las características de cada uno de estos elementos, para tratar de extraer su sentido.

***La guerra** es el fin y en lo que desemboca el militarismo, el lugar nefasto, como decía S. Weil, donde se ejercita “el poder de transformar lo otro en cadáver”, donde la tensión del conflicto con lo otro se potencia para enfatizar la razón de uno frente al otro que debe ser eliminado para acabar con el conflicto. La guerra reduce a los seres humanos y a la naturaleza a cosas, a adversarios que golpear y aniquilar y culmina en un remolino que reseca las mentes y petrifica los corazones. Reduciendo a cadáveres los cuerpos reales de las personas de carne y hueso, la guerra aniquila la vida, elimina las relaciones, enmudece las pasiones físicas y psíquicas.

***Las armas** son prótesis necesarias y homicidas para hacer del cuerpo, transformado de manera irreconocible en medio del equipamiento, máquinas de guerra, instrumentos para destruir, sembrar el terror, atacar y aniquilar otros cuerpos, la mayoría de las veces inermes, como en el caso de la población civil, para hacer inhabitables áreas enteras del planeta. Estas armas seguirán trayendo muerte incluso después de terminar la guerra, ya que mutilarán a niños y niñas que saltarán sobre las

minas que no han explotado, y contaminarán los cuerpos que las usan y con los que entran en contacto, enfermándolos.

***La violencia** es el único lenguaje del que se puede hablar con las armas en la mano, es el desencadenamiento de una fuerza desmesurada, que se convierte en experiencia de omnipotencia desde el momento en que tal fuerza coincide con el poder de dar muerte, de interrumpir el proceso natural de la vida, de disponer del cuerpo para humillarlo, herirlo, torturarlo, aniquilarlo, violarlo o dejarlo como superviviente sin sentido, vacío, un muerto viviente o lleno de rencor.

***El enemigo** es la razón de ser del militarismo, en tanto que es su objetivo natural. La imagen del enemigo alimenta la insana pasión del odio, del deseo de venganza, llama a la acción para eliminarlo de la escena. La reducción de lo otro a enemigo comporta cancelar su humanidad, y convertirlo en la encarnación del mal absoluto que es necesario combatir con cualquier medio y sin dudarle lo más mínimo.

***La uniformidad del uniforme militar** transforma la pluralidad de cada individuo en un cuerpo homogéneo, donde el plural triunfa sobre la singularidad del "yo". Es la señal visible de la pertenencia a la comunidad de los cuarteles y del campo de batalla, donde la solidaridad del cuerpo uniforme, que existe sólo en tanto que militares, se expresa únicamente al matar, al superar los límites mientras se ejercita la fuerza. Esto suspende y hace irrelevante la moral, justificando y calificando de "heroísmo" cualquier acción que tenga el fin de librarse del enemigo.

***La perversión del lenguaje** caracteriza la jerga militar. La palabra no sólo se transforma en grito, en lenguaje obsceno, en agresión verbal, vehículo de procacidad y vulgaridad ("gilipollas, hijo de puta, pedazo de mierda"), sino que sirve también para dar forma al enemigo, al otro, al que se atribuyen los epítetos más infamantes. Es un lenguaje lleno de sarcasmo, de amenazas de muerte, que recurre al femenino sólo para denigrarlo y humillarlo. Su gramática es simple, dedicada a impartir órdenes e imponer respuestas estereotipada, asépticas, mecánicas ("sí, señor; no, señor"). Es un lenguaje del "masculino absoluto, perentorio, sin dudas, dominado por la urgencia de actuar sobre el pensar. Decía Rada Ivekovic: "el lenguaje obsceno, en general, se dirige a la integridad de la mujer, insulta su cuerpo, se mofa de su ser, también cuando se dirige a varones. De hecho, se opone a la diferencia en cuanto tal, siendo la diferencia de los sexos el modelo principal [...] El lenguaje obsceno sustituye al lenguaje con códigos y fórmulas, reemplaza al pensamiento, expresa así deseo, inclinaciones, ambiciones, violencia, sin articularlas y llevarlas a un nivel consciente, pero con mucha libertad [...]. El lenguaje de los insultos nombra para hacer sentir vergüenza y para denigrar y mofarse de alguien. [...] Los insultos petrifican a la víctima

con un veneno de efecto inmediato”. (*Autopsia de los Balcanes. Ensayos de psicopolítica*).

***Un trabajo de alto riesgo** es la calificación que detenta el militarismo como opción y salida profesional, un trabajo que requiere un duro adiestramiento, cuya función es enseñar a matar, a desarrollar pasiones viriles y a dominar emociones delicadas, tales como la compasión, la tolerancia o el respeto. Este trabajo, además, se exalta como sacrificio de servicio a la patria y se nutre de la mística del héroe, el semidios que, trayendo muerte y devastación a la tierra del enemigo a costa de la propia vida, salva a su comunidad y la garantiza seguridad. Desde esta óptica, los militares son unos mercenarios que custodian la ciudad, tal y como enseñaba Platón, en cuya república ideal ponía a los guerreros a la altura de los filósofos, gobernantes del Estado, instituyendo así una estrecha relación entre Logos y Polemos, entre razón y guerra, ambas necesarias para el buen gobierno de la polis.

La consecuencia inmediata de esta “ideología de la profesionalidad” es que se exige a los militares de hacerse responsables del deber moral de razonar su comportamiento y de las implicaciones de sus actos, salvo los de abusos del enemigo o alta traición. ¿Cómo se puede acaso discernir si ha hecho bien un trabajo, cuando hacer bien el trabajo en este caso significa matar el máximo de enemigos posibles, usando la tecnología de que se dispone y para cuyo uso se ha sido adiestrado?

***Un mundo aparte** es el lugar de los cuarteles y de las bases militares, edificadas en territorio de nuestras ciudades, pero completamente inaccesibles a la ciudadanía. Rodeados de punzante alambre, se esconden tras de muros, reclusos en terrenos señalados con carteles que prohíben el acceso (fuera de las fronteras – “zona militar – prohibido el paso – recinto militar vigilado”). Son lugares separados, fuera de las reglas habituales de la vida civil, pues ahí domina la idea de la muerte y del adiestramiento a la violencia capaz de causar muerte: está vigente otra visión del mundo y, por tanto, otra ley.

***La estructura relacional basada en la rigidez de la jerarquía y la pasividad de la obediencia** es una garantía de orden y de disciplina, en cuanto que establece, a priori, el lugar y el rol que se ocupa dentro de un sistema que exige fidelidad a la causa, respeto a las reglas. Exalta, además, los llamados valores fuertes y viriles, expresiones de la virtud de la “dureza”, que se aleja de la compasión y la reconciliación, como signos de debilidad, y premia la fuerza, la brutalidad y la venganza. Según **H. Arendt, el deber de la obediencia activa un desastroso proceso de infantilización irresponsable**. Sólo en la infancia es posible pedir que se obedezca. En la edad adulta, sin embargo, es necesario expresar acuerdo o desacuerdo, no obediencia pasiva. La sumisión al principio de autoridad descarga al

militar del esfuerzo del juicio y de la asunción de responsabilidad por los actos que se suelen hacer en primera persona aunque sea dentro del ejército; esta es una lógica perversa, que mata el pensamiento, como búsqueda de sentido de lo que se ordena hacer, y que consiente a los autores de crímenes horrendos sentirse inocentes y resguardarse tras la infantil justificación de quien sostiene haber sólo obedecido órdenes, puntual y escrupulosamente y de haberse atenido a las reglas a las que se le sometía.

No por casualidad decía Rosa Luxemburgo que, **“el fundamento del militarismo está representado por la obediencia cadavérica del soldado.”**

En resumen, podemos decir que el militarismo se manifiesta como autoritarismo, como ente gregario sin alma, con una visión maniquea y conformista del mundo, dominada por la polaridad amigo-enemigo y alimentado por el mito de la fuerza, de la violencia y de la guerra, exaltados como únicos instrumentos de resolución de conflictos que pueden surgir en el mundo. Un mundo, que a su vez está habitado por una pluralidad de sujetos y de culturas, pluralidad que el militarismo elimina para imponer la supremacía de un estado y un país sobre otros estados y países.

El militarismo se configura como la negación del pensamiento, la muerte de la actuación política, el fin del diálogo y de la búsqueda de condiciones que hacen posible la convivencia pacífica sobre la tierra.

Hannah Arendt decía que la acción y el discurso que acompaña la acción, que revela su sentido y el “quién” la realiza, pierden sus características específicas en la guerra y en el militarismo. En estos contextos, de hecho, el “ser con los demás” no funciona, pues los humanos son simplemente a favor o contra los otros y usan la violencia para conseguir ciertos objetivos a su favor o contra el enemigo. En la guerra, el diálogo deja de ser un espacio de relación, de encuentro o desencuentro, habitado por la palabra que llama al otro como interlocutor y pide ser escuchada; el diálogo se convierte en “mera charla”, un simple medio para llegar a un fin, sea engañar al enemigo o sorprender con las mentiras de la propaganda. Además, la acción ya no reclama la riqueza de la actuación política, pues no se abre a un nuevo inicio, por lo que hace imposible un “comienzo” desde el momento en que el orden nuevo que se pretende instituir, ya está previsto: es el orden del vencedor (Arendt, Vida activa).

Hoy el militarismo se alimenta de la **paranoia de la seguridad** contra la barbarie del terrorismo islámico, paranoia que desencadena la intolerancia homicida contra los pueblos y los países de culturas diferentes y que desemboca en una guerra permanente en defensa de la identidad cultural de occidente, encarnación de una civilización superior, que tiene sus raíces en el cristianismo y en la Ilustración y que se

centra en los valores “universales” de la libertad, la justicia, los derechos humanos, la democracia y del libre mercado, motor de desarrollo y progreso.

La guerra global al terrorismo, desencadenada por los EEUU después de la tragedia del 11 de septiembre de 2001, se transforma así en un deber de civismo, en la asunción de la responsabilidad ética de los enfrentamientos en el mundo entero, puesto que se trata de una guerra que, al combatir el mal, exporta a su vez la libertad y la democracia.

Sin embargo, algo no funciona en este razonamiento. Por ejemplo, no se entiende por qué la libertad y la democracia deben ser exportadas a Irak y Afganistán y no a Arabia Saudí; es más, a la vista está que la militarización de la política ha aumentado de hecho la inseguridad global y ha eliminado muchos derechos civiles. Ya no hay zonas seguras en el mundo donde sea posible refugiarse de los ataques terroristas y de las guerras desencadenadas para contrarrestarlos; en cualquier momento te pueden además arrestar por sospechas de terrorismo.

A quien tiene la más mínima conciencia no se le escapa que el terrorismo es un paradigma que se usa según los intereses del momento, es un elemento propagandístico que exime de cualquier examen de la situación política y de sus causas, un nombre que sirve para justificar cualquier actividad militar, y la muestra como defensiva y no como ofensiva, como misión humanitaria para la libertad de los pueblos oprimidos por la tiranía y por el fundamentalismo islámico o como intervención preventiva contra los estados perversos que esconden a terroristas. El terrorismo es la excusa que se usa para autorizar el aumento de los gastos militares, en detrimento de los recursos para fines sociales y causando la pobreza en el mundo, es además el nombre inquietante que se usa para acallar y criminalizar cualquier crítica o información que no provenga de la clase política.

Sin negar las acciones terroristas de estos años, el terrorismo se usa siempre más como la palabra mágica que permite enmascarar la relación peligrosa entre la exportación de la libertad y la política de la potencia, y de esconder que la llamada exportación de la libertad no es más que la imposición violenta de la globalización capitalista que exige el control de occidente sobre las fuentes de energía de todo el planeta.

Al final de este recorrido por la fenomenología del militarismo, resulta claro que esto es, ante todo, una condición mental, un modo de leer la realidad que carece de imaginación y de inteligencia creativa, como diría H. Arendt. Paradójicamente, el militarismo no sabe pensar en el futuro. Al intelecto eficaz que opera en el presente con la vista en el futuro y que no se limita a reaccionar mecánicamente ante las dificultades que considera amenazas, el militarismo opone una mentalidad rígida,

puramente opositiva y ejecutiva, que paraliza el pensamiento, limitándola a actuar basándose en un razonamiento lineal y jerárquico, fundado en el criterio de una presenta objetividad, la del enemigo siempre en guardia.

Además, se trata de un modo de sentir sustancialmente dominado por el miedo al otro, un modo de proyectar al exterior nuestra angustia ante la muerte, enfocando cualquier cosa malvada que destruir: el enemigo, cuya supresión se convierte en algo primordial, pues produce un efecto reafirmante. La consecuencia de esto es la incapacidad de sentir empatía por lo otro, pues no se consigue pensar que el cuerpo, gracias al que estamos en el mundo con la singularidad que nos caracteriza, es para la vida, no para la muerte. Decía H. Arendt que “aunque también morirán, los humanos nacen no para morir, sino para comenzar”, para abrir nuevas posibilidades a toda la humanidad.

Con el dominio del miedo, el cuerpo se transforma en un medio para actuar contra lo otro, en una máquina de fuerza, de potencia, en un instrumento de violencia. Esto explica porqué hoy está de moda frecuentar los gimnasios para modelar el cuerpo y aumentar la masa muscular.

Llegadas a este punto, la pregunta más obvia es la siguiente: ¿cuál es el horizonte dentro del que el militarismo encuentra sus valores, sus ideas, su justificación y su exaltación?

La historia nos autoriza a decir que su horizonte es el patriarcado, un horizonte de sentido y legitimación, que encuentra su expresión última en la guerra, fin natural del militarismo.

(Extracto de la conferencia de Graziella Longoni 17 o6 2007)